

EL IMPERIO CONTRA DIOS

ANDRÉS DÍAZ SÁNCHEZ



Editado por

ISBN: 978-84-96554-78-8

Antequera, 2

28041 Madrid

info@equiposirius.com

www.equiposirius.com

PRIMERA PARTE:

LAS CENIZAS DEL IMPERIO

...En las tabernas y en los palacios, sobre tierra firme planetaria o sobre el metal de las naves y las estaciones espaciales, los juglares cantaban aquel relato épico, sucedido en un universo imposible y sin embargo crudo y nítido. Una narración del pasado remoto, con tanto de leyenda como de Historia, deformada y adornada por unos cantores que añadían fantasía a la realidad, y realidad a la fantasía...

I

—¡El Imperio ha caído! —gritó el salme con su voz ronca, surgida por el agujero que hacía las veces de boca en su rostro aplastado y escamoso.

Un lisere alzó la pistola y disparó dos rayos azulados y brillantes que se perdieron en la noche infinita, cuajada de estrellas, regida por Belastrasa y Luarma, los satélites gemelos de Uanón. El lisere extrajo de su cinturón un bote de pintura amarilla, corrió hasta una de las sucias paredes de aquella vía borstana y pintó una larga llama sobre el ladrillo picado y las planchas de metal.

—¡Larga vida a Asias, Señor de la Llama, Dios Todopoderoso! —rugió, alzando sus

brazos musculosos y peludos. Todo su cuerpo se removía, víctima del fervor religioso—. ¡Vencedor del Imperio Dauar! ¡El que nos ha traído la fe y la esperanza!

Se postró de rodillas y otro tanto hicieron sus compañeros de jarana, convertidos al Dur, la Entrega, la Fe en el Enjambre. Algunos, como el salme, no se adscribían al Dur, así que continuaron celebrando sin oraciones ni reverencias la fiesta que bullía por toda Borsta.

Borstanos de muy diferentes razas, que habían odiado en silencio el poder del Imperio durante largos seabucranes, se entregaban al canto y la orgía. Hoy, baras después de que los destructores y portacazas hubieran salido de los puertos espaciales y las guarniciones hubieran abandonado Borsta, Umila, Socrana y el resto de las grandes urbes uanonas, todos los que despoticarían en el interior de sus hogares contra el Imperio Dauar salían a las calles para celebrarlo a gritos: una baraúnda de borrachos, cantores y danzarines, enemigos todos del

gobierno que había regido durante ciamalbucranes sobre los once mundos del Sistema Uramio.

No había leyes en Borsta porque la marcha del Imperio había dejado un vacío de autoridad. La jarana se convirtió en desmán, en caos: peleas en los callejones, atracos, abusos sexuales, destrozo de viviendas, robos y, por supuesto, el vandalismo sobre cualquier símbolo del poder dauar. Estatuas fundidas por los rayos caloríficos o reventadas a golpes de barras metálicas; placas conmemorativas del Imperio y sus gobernadores arrancadas de las paredes, abolladas por los mazos, manchadas de manera grotesca. El puño cerrado, negro sobre rojo o gris, que representaba la fuerza de los dauares, había sido quemado y pisoteado.

Por todos lados aparecía el emblema vencedor, el relevo en el poder: la Llama Dorada. Asias, Dios Todopoderoso, el Señor del Enjambre Uracsano. A medida que la noticia de la derrota del Imperio se extendía por todo el Sistema Uramio las conversiones se sucedían a

ritmo vertiginoso: decenas de millones de criaturas inteligentes comenzaban a abrazar la Fe del Fuego Sagrado.

Borsta no era una excepción. Los sacerdotes improvisados, algunos con el cerebro lleno de licor, gritaban en las callejas y las avenidas de la ciudad, en torno a pequeños grupos de oyentes arrobados. Todos ellos parecían dispuestos a entregarse sin condiciones a la doctrina que había echado abajo más de cuatrocientos cincuenta seabucranes de orden y disciplina.

El vehículo flotador no sobresalía de entre los miles que inundaban cada noche el espacio aéreo entre los tubos hogar, las cúpulas y los puentes gigantescos de metal y plástico en vivos colores, que conformaban el paisaje borstano. Se trataba de un utilitario de cuatro plazas, rojo, aplastado y rectangular, con una línea suave y aerodinámica, aunque marcada por los bollos en sus extremos anterior y posterior. Estaba sucio y era viejo, cosa común en aquel distrito. El gobernador municipal se había visto

obligado a suspender de inmediato sus funciones por orden directa del mando planetario integrado y la milicia policial ya no controlaba los cielos de la urbe. Los vehículos volantes, conducidos por pendencieros deseosos de transgredir la ley, abandonaban los carriles holográficos y se lanzaban al vuelo temerario entre las fachadas y los trenes aéreos. Hubo muchos accidentes y persecuciones y el conductor de aquel flotador rectangular, manchado y viejo, también debió llevar cuidado para no dejarse el pellejo contra uno de esos temerarios de las alturas.

Los vehículos habían sido estacionados aquí y allá, sin atender a las señales de aparcamiento de superficie. El recién llegado aposentó sus cuatro patas en el centro de una ancha avenida de cemento, salpicada de salmes, liseres e incluso ilis inconscientes, con sus panzas llenas de sustancias capaces de alterar la razón.

Aún surgían hilachas de humo de las toberas cuando sonó un zumbido breve y la

puerta ovoide del móvil corrió sobre sus rieles. El conductor salió del aparato. A su espalda, el zumbido sonó de nuevo.

Era un ser de cierta estatura, quizá tan alto como un ili adulto; pero se le veía encorvado, con el cuerpo retorcido, como si estuviera enfermo o aquejado por algún temor. Se cubría con una enorme capa que ocultaba su cuerpo y otro tanto hacía la capucha en cuanto a su cabeza y facciones, sumidas en la oscuridad. Arrastraba los faldones sobre los charcos y los pedazos de cristal roto que anegaban la calle y por el borde aparecían, a veces, las punteras de dos botas duras y añosas. Parecía corpulento, pero el manto tapaba sus formas. Sólo emergía del envoltorio sucio y oscuro, de manera ocasional, algo parecido a una mano envuelta en harapos informes. Aquel ser retorcido y ancho cojeaba, arrastrando una de sus dos piernas. Del embozo escapaba una tos estentórea, bronca y húmeda, como si sufriera una enfermedad que afectase a su sistema respiratorio.

Volvió la cabeza cubierta hacia un ili de piel amarillenta y brillante, vestido con una imitación pésima de una armadura uracsana. Las zarpas de la criatura gesticulaban en el aire; sus grandes ojos, a ambos lados del rostro estrecho y alargado, brillaban mientras la voz tronaba las excelencias del Dur. Había varios oyentes que le escuchaban, tambaleándose a causa de la borrachera. Uno gritó un improperio contra la raza dauar y el resto rugieron su consenso.

El embozado volvió la cabeza y tosió, recorrido por temblores. Siguió avanzando, tratando de esquivar los grupos bulliciosos que le salían al paso. En una ocasión, cinco hembras liseres giraron en torno a él, cogidas de los brazos y las colas, trinando y saltando.

—¡Apartaos! —gritó el forastero, con voz ronca, sacando una de aquellas manos envueltas en harapos hediondos—. ¡Dejadme pasar!

—¡Únete a la fiesta! —exclamó una de ellas—. ¿Por qué estás tan hosco y apagado?

—¡Tengo asuntos que atender! —rugió el extraño, entre estornudos, arrastrando una de sus dos piernas mientras intentaba quitarse a las jóvenes liseres de su camino—. ¡He de ver a Urcras *El Negociante*!

Las risas desaparecieron y en su lugar nacieron expresiones de indignación.

—¡Urcras es un apestoso dauar!

—¡Ja! —rió el embozado, con voz agria—. ¡Sin duda el único de toda Borsta!

—Muchos de su raza se han ido, pero todavía quedan unos cuantos.

—Aunque es difícil reconocerles... ¡todos parecen iguales! —dijo otra lisere.

—Tengo asuntos que atender con Urcras *El Negociante* —graznó el extraño, removiendo la mano harapienta que surgía de la túnica, instando a las muchachas a que se apartaran—. ¡Largo!

—¿Y tú quién eres? —inquirió aquel ili que había estado predicando ante el grupo de curiosos.

—Soy un honrado comerciante. Quiero tratar con Urcras sobre naves y envíos.

Los ojos esmeraldinos del ili le miraron con desprecio.

—¡Honrado comerciante! Todos los de este barrio conocen a Urcras. Es un contrabandista, un traficante, un proxeneta de jovencitas como estas de aquí.

Señaló a las muchachas liseres, que comenzaron a reír a carcajadas, burlándose del ili.

—No debieras ser tan severo —dijo el embozado—. Todos tenemos que ganarnos la vida. ¿Acaso tú no?

—Soy un guerrero de Dios. He visto la Luz de la Llama Auténtica. Me he entregado a Asias.

—Graves palabras, querido amigo —repuso el extraño, entre toses. Ahora, las

muchachas danzaban en torno a los dos, como planetas alrededor de un par de estrellas, una en la plenitud de su vida, alta, recta, dorada, y otra a punto de extinguirse, pequeña y oscura, miserable—. El Guerrero de Asias siempre está dispuesto a morir por su Dios.

—¡Moriría por defender la Llama, como han hecho desde tiempos inmemoriales los uracsanos!

—Graves palabras... —repitió el extranjero.

El ili intentó indagar en las profundidades de aquella capucha, pero el forastero apartó la cabeza cuando la garra amarillenta se le acercaba.

Les interrumpió un nuevo bullicio: cinco machos liseres se habían despojado de sus ropas y corrían, profiriendo alaridos atemorizadores, en busca de las hembras. Las chicas salieron huyendo, entre chillidos y carcajadas. Hubo un revolear de membranas, de extremidades y cabelleras y colas, y cuando todo pasó, el ili halló

que el extraño se había marchado. Con sus ojos barrió la calle atestada de vehículos mal aparcados y de jueguistas, hasta hallar, lejos, la figura corpulenta y renqueante, que se perdía entre las sombras de una lúgubre arcada.

El ili echó a andar, casi a correr, sobre sus dos largas patas. Metió una garra en el interior de la armadura uracsana de imitación y sacó una pequeña pistola con una carga completa de repulsores. Se abrió paso a codazos, apartando de mala manera a quien interrumpía su camino. En el tórax llevaba pintada la llama que era Asias, así que nadie intentó detenerle ni responder a su agresividad.

Se internó en aquella arcada sucia, salpicada de unos hologramas publicitarios que parpadeaban descoloridos. Botellas rotas, charcos, esquirlas de vidrio, cápsulas inductoras de placer hechas pedazos, algún beodo que dormía, tirado entre la inmundicia, desconchones, pintadas sobre los muros. Y una capa que se alejaba en la oscuridad. El ili alargó la zancada, con el dedo en el gatillo. Casi todos

los globos luminosos habían sufrido los efectos del vandalismo callejero, por lo que tan sólo los hologramas, con sus brillos esmeraldinos y ocre, iluminaban los recovecos de la arcada. La respiración del ili se había vuelto más rápida, sus ojos verdes estaban inflados como globos, los músculos del brazo casi parecían a punto de estallar mientras sostenía la pistola. Apuntó hacia un caos de cuerpos y gemidos: una pareja de liseres adictos al guérex, fornicando en un portal de piedra y plástico. Maldijo a todos los lascivos liseres del Sistema y siguió caminando.

Vio la capa desaparecer por un umbral negruzco y hacia allá se dirigió.

Entró en el portal de un gran edificio, antaño un hogar lisere con capacidad para más de doscientas esferas de unidad familiar. Ahora sólo vivían allí prostitutas y delincuentes. Los hologramas eróticos danzaban en el aire, llenándolo de colores y sonidos muy atractivos para los liseres, pero insípidos para el ili que se adentraba en el salón espacioso. Vio a dos borrachos durmiendo, arrojados por planchas

de plástico y telas sintéticas raídas. Las puertas metálicas de los elevadores estaban llenas de pintadas, las vitrinas en las que se expusieran armas, trajes, incluso alimentos, habían sido destruidas en los saqueos de la noche.

Las botas del ili crujían al pisar los montones de vidrio. Los hologramas zumbaban a su alrededor, cargados de sexo lisere. Pasó junto a una columna y se internó en otro recoveco de aquel portal penumbroso.

Allá estaba, encorvado, tratando de fundirse con las sombras. El ili se acercó hasta el bulto oscuro y tiró de la capa mientras soltaba un rugido. Se quedó con la prenda en las manos. La tela sintética, gruesa y basta, había cubierto un contenedor de metal y plástico que subía hasta medio suba de altura. En la oscuridad, podía creerse que era un ser bajo y corpulento.

El ili sintió una presencia a su espalda y notó unos dedos de hierro que aferraban sus brazos, con una fuerza capaz de romperle todos los huesos. La muñeca que sostenía la pistola fue retorcida hasta quedar en su espalda y se vio

empujado hacia delante, hasta dar de bruces contra el muro de cemento en sombras.

—Si disparas te atravesarás a ti mismo.

Era una voz ronca y acerada, que susurraba junto a su cabeza.

Le habían retorcido la muñeca de tal modo que el cañón quedaba orientado hacia su propia nuca. Le resultaba imposible vencer aquella presión. El ili sintió un comienzo de pánico.

—Suelta el arma —ordenó la voz.

—¿Quién eres?

Los dedos retorcieron su muñeca. El otro brazo también estaba apresado. Sentía las piernas comprimidas contra la pared, le parecía que iban a romperse las rodillas de un momento a otro. Gritó.

—Puedo quebrarte los dos brazos. Suelta el arma.

—Está bien —jadeó el ili.

Obedeció. Una bota alejó la pistola con suavidad.

Los dedos de hierro le soltaron y la presencia se alejó. El ili dio la vuelta, aún apoyado en la pared, y abrió la boca en un mudo grito de espanto.

Su agresor había retrocedido dos subas. Era casi tan alto como él, musculoso, de hombros enormes, cintura ancha y panza abultada. Vestía pantalones y camisa de cuero sintético y botas gruesas, de aspecto temible. Ropa barata y sencilla, pero cómoda. La prenda superior había sido rajada en los costados para dejar escapar los cuatro brazos, terminados en dos manos de cuatro dedos. Del cinto pendía una funda enorme, atada al muslo por un cordel de fibra metálica. Era una pistola láser de nivel tres, capaz de reventar un flotador de un solo tiro. Aquel cuerpo alto y fuerte estaba cubierto por una suave capa de vello, rojizo bajo la luz del holograma erótico a sus espaldas. La cabeza, también peluda, era alargada, con una mata de pelo alborotado en la cima. No había nariz, sólo dos orificios centrales. La boca estaba cerrada en un rictus severo. Una cicatriz espeluznante

cruzaba el rostro, desde una de las dos pequeñas aletas que protegían los oídos hasta la barbilla, abriendo los labios en una abultada protuberancia blanca. Todos los de su raza nacían con un único ojo, redondo, enorme y cristalino. Éste era de color marrón oscuro. Las arrugas de piel encima del único órgano visual otorgaban a su mirada una expresión amenazadora.

El ili comenzó a jadear.

—¿Qué haces aquí? —casi gritó—. ¡Vuestros líderes se han marchado!

—Te lo dije: busco a Urcras *El Negociante*.

—¡Es uno de los vuestros!

—Claro. Hermano de raza. Un dauar busca a otro dauar.

El ili logró levantarse sobre sus piernas temblorosas. Miraba la pistola, y a ese único ojo.

—Ya no tenéis poder aquí. ¡El Imperio ha caído! ¡Ahora somos libres de vuestro apestoso gobierno!

—Sí. Libres para morir.

El ili se estremeció.

—¡Fuera! —gritó—. ¡Déjame en paz o llamaré a las autoridades!

—¿Qué autoridades? Ya no hay autoridades en Borsta.

—¡Lárgate! ¡Déjame pasar!

El ili dio un paso al frente, pero el dauar no se apartó. El ili se detuvo.

—Me iré de aquí —dijo el dauar—. Pero antes quiero oírte rezar.

—¿Rezar? ¿Por qué?

—Reza la Saba Ir Tani. *La Última Oración.*

—Pero... Ésa es la que cantan los luchadores uracsanos cuando saben que van a morir.

—Exacto. ¿Acaso no me dijiste que eras un Guerrero de Dios?

El ili se llevó una garra dorada al cuello y retrocedió hasta la pared, respirando con

dificultad. Los hologramas seguían brillando y chorreando colores tras aquella mole negra, en la que destellaba un ojo oscuro.

—Tú tienes una pistola y yo estoy desarmado —sollozó el ili.

—No hará falta desenvainarla.

—¿Por qué quieres matarme?

—Échale la culpa a tu curiosidad. No debiste seguirme. —Hizo un movimiento casi imperceptible de la cabeza hacia la pistola del suelo—. Además, has empuñado un arma contra mí y por tanto tengo derecho a quitarte la vida. Reza.

—¡No me mates! ¡No diré nada! ¡Lo juro!

El dauar no emitió ningún sonido mientras se abalanzaba sobre el ili, quien levantó las manos en un movimiento reflejo para protegerse y profirió un grito agudo.

En verdad, no hizo falta desenvainar el arma.

El ili yacía con las vértebras del cuello rotas. El dauar agarró el contenedor de basuras sobre el que colocara su capa y descargó la inmundicia encima del cadáver. Ahora, el ili parecía un indigente más del edificio, arropado por plásticos y envoltorios. El dauar se preguntó durante un ulme cuántos de aquellos harapientos que había en las cercanías estarían vivos y cuántos muertos. Sólo fue un ulme.

Cogió la pistola del ili y la introdujo en un bolsillo del pantalón. Se puso la capa hasta que le cubrió casi por entero, se agachó, adoptó los andares de un cojo y comenzó a toser y carraspear.

Volvió a la calle.

II

—Eh, tú, ¿dónde crees que vas?
—espetó aquel salme musculoso, de escamas negras como el espacio, en cuyo rostro aplastado brillaban dos ojillos de color rojo.

En el umbral del *Palacio del Placer* había un par de centinelas vestidos con ropas caras y chabacanas, típicas en cualquier matón de cualquier planetucho del Imperio. Las culatas sobresalían de la funda, de forma amenazadora. El segundo salme empuñaba una barra de hierro macizo y observaba al embozado, perdonándole la vida a cada ulme.

Los salmes, a pesar de su corta estatura, su corpulencia y lo pequeño de sus extremidades, eran rápidos y fuertes. A diferencia de los liseres, que sólo pensaban en drogas y sexo, gozaban de un fuerte sentido de la disciplina. El que comprara sus servicios jamás entendería los ritos particulares que

llevaban a cabo entre sí, pero podía estar seguro de que lo defenderían hasta el final.

Era un edificio grande y sucio de cemento y metal, sobre el que brillaban discos de neón y gigantescos hologramas llenos de liseres machos y hembras ocupados en tormentosos actos carnales. Por las cercanías pululaban, en solitario o en grupo, algunos desgraciados enganchados a diferentes tipos de estimulantes, mendigando unos créditos para conseguir su próxima dosis. Incluso los había de raza ili, con la piel blanca y gris a causa de su precario estado de salud. Un ili fervoroso aún se arrastraba, machacado a golpes por los mercenarios del *Palacio del Placer*: había intentado predicar la doctrina dur en aquel lugar de pecados y depravación.

—Quiero hablar con el dueño, con Urcras —gimió el forastero, desde las profundidades de su capucha.

—¿Para qué querría verte él a ti?

—Sé que busca una nave capaz de hiperaacelerar y con todos los permisos en regla.

El salme le observó, pensativo y receloso.

—¿Cómo es posible que un pordiosero tenga un aparato de esas condiciones?

El extraño levantó un poco la capucha, mostrando su rostro cubierto de vello morado, el ojo enorme y oscuro, la cicatriz que le cruzaba la cara.

—¿Quizá mi rostro os convenza?

Los dos salmes quedaron muy quietos.

—Un renegado imperial —dijo el de la barra. Sonrió sin alegría—. Tal vez sea cierto.

—Abre la capa y quítate el cinto.

El dauar asintió despacio. Hizo lo que le ordenaban. El salme gorjeó divertido al sopesar la enorme pistola.

—No es extraño que con estos cacharos hayáis conquistado medio universo. Qué preciosidad.

—Sí —contestó su compañero—, pero los uracsanos deben tener cañones aún más grandes, porque el maldito emperador ahora se inclina ante el Dur.

El dauar le miró con hostilidad y amargura, pero guardó silencio.

—Tú, asqueroso, levanta los cuatro brazos y nada de tonterías. Te voy a pasar un detector.

El dauar encorvado tosió de manera violenta, temblándole todo el cuerpo, y obedeció. El detector emitió un leve zumbido al acercarse a su cadera.

—Vaya, vaya, qué tenemos aquí...

El salme sacó del bolsillo del pantalón la pequeña pistola de repulsores.

El dauar esbozó una sonrisa sarcástica.

—Se me olvidó dártela.

—A ver, a ver... Bien, no hay más armas. Está limpio.

—No parecéis tan duros ahora —dijo el salme que sostenía la barra maciza.

—En efecto —añadió su congénere—. Los imperiales ya no mandáis. No sois nada. Sólo un puñado de inmundicia. Podría volarte la cabeza aquí mismo y mañana no habría patrullas imperiales buscándome. ¿Qué te parece, dauar?

—Si te da órdenes otro dauar, que según tú es escoria... ¿en qué te convierte eso a ti?

El salme sacó la pistola repulsora de su funda y apuntó al ojo, cuya pupila se dilató. Pero el resto del cuerpo permaneció inmóvil.

—Tranquilízate, Utga —protestó el de la barra—. Lo vas a matar.

El salme se contuvo.

—Sólo era una broma —sonrió el dauar, apretando los dientes.

El salme apartó el cañón, pero siguió apuntándole con la mirada.

—No me gustan los graciosos. Chatga, llévate a este desertor mal nacido de aquí. Que vea al jefe.

El ser escamoso y oscuro hizo un ademán con la barra, indicándole que atravesara

el holograma negro, opaco, que separaba la calle del interior del local.

El dauar entró tosiendo, agachado, arrastrando una de las dos piernas al caminar.

Andaban a lo largo de un pasillo de unos veinte subas, interrumpido de vez en cuando por hologramas publicitarios de la industria erótica lisere. A los lados había cortinas, gasas semitransparentes a través de las cuales se adivinaban figuras trémulas, revolcándose unas encima de otras. Todo lo llenaba un coro de gemidos, gritos, jadeos e imprecaciones en lengua lisere. Había pocos globos luminosos y de baja intensidad, por lo cual reinaba la penumbra. En ella flotaba el aroma de los gases excitantes capaces de volver lascivos a los liseres, pero inofensivos para el dauar y el salme que atravesaban aquella orgía.

Al final del pasillo hallaron otro centinela, esta vez un ili tatuado de la cabeza a los pies. Portaba un fusil láser y de la cadera pendía una pistola de repulsores. Sus ojos esféricos se abrieron mucho y emitió un silbido.

—¡Fíjate lo que nos trae nuestro buen amigo Chatga!

—Cierra la boca, imbécil —contestó el aludido—. Viene a ver al jefe, por lo de la nave.

—Un desertor de la Armada Imperial —masculló el ili, mirando al forastero con desprecio—. Hay traidores en todas partes. Incluso entre los temibles dauares.

—Quizá tenga algo interesante que ofrecer. ¿Está Urcras presentable?

—¿Te refieres a si ya ha terminado con su dosis de sif? ¿O la de Tres-Rojo-Tres? Sí, creo que se le puede ver.

—Vamos dentro. Y tú, dauar, cuidado con lo que haces.

El aludido asintió.

El ili apretó una secuencia en la cerradura electrónica y el panel subió sobre sus guías, hundándose en el muro.

Penetraron en un cuarto sucio y maloliente. En las paredes había hologramas

artísticos representando paisajes marítimos tenebrosos; en ellos, las olas se movían con lentitud y dibujaban rostros desfigurados. El techo estaba iluminado de manera uniforme por una claridad lechosa, tenue. Había una mesa enorme de plástico rígido, de líneas rectas, con cajones de cristal opaco en diferentes colores. Varias cajas de diversos volúmenes se apilaban cerca de una de las paredes. Algunas estaban abiertas y mostraban paquetes de una pasta amarillenta envuelta en plástico fino. El edificio no era muy antiguo, así que las paredes carecían de ventanas. Sin embargo, el ocupante podría ordenar al computador de turno proyectar hologramas sobre los muros, el suelo o el mismo aire, con diferentes imágenes del exterior captadas por las cámaras de seguridad.

Sobre la mesa había cápsulas coloreadas, esparcidas aquí y allá, algunas rotas, soltando un polvillo blanco. También, diminutas esferas holoprojectoras, apagadas. Una pistola de inyecciones sin carga. Y un cuenco lleno de gelatinas de licor.

Tras el mueble se encontraba un dauar. Estaba sentado en una silla moldeable de color rosa, que se adaptaba de manera automática a las formas de su usuario. El dauar había estado observando una ventana holográfica verde, llena de cifras y salpicada por pedazos de texto en lengua imperial. Era un dauar alto, de músculos alargados y fibrosos y espalda ancha, cubierto por un pantalón y una túnica corta con los costados abiertos, para dejar escapar sus cuatro brazos. Llevaba también un cinto y unas botas de cuero plástico, fino y lujoso, adornadas con polvo brillante. Toda su ropa era negra. Tenía el vello morado y el ojo muy oscuro, con la pupila dilatada. Había cierta expresión de indolencia, de fastidio, en su rostro.

Cuando se volvió hacia el umbral, aquel gesto se convirtió en sorpresa. Aunque no se movió de su asiento.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó con voz grave, en la que flotaba cierta lasitud,

extraña en los enérgicos dauares—. ¿Qué me habéis traído esta vez?

—Salud, Urcras —dijo el ili—. Este dauar quería hablar contigo. Acerca de la nave.

Urcras dirigió una mirada larga al extraño, quien a su vez se la aguantó. *El Negociante* sonrió, mostrando sus dientes amarillos.

—Siempre es un placer recibir a un congénere. En estos tiempos inciertos, cada vez se ven menos por Borsta.

El ili soltó una risilla, pero el salme no captó el sarcasmo, así que permaneció serio, impassible. El forastero tosió y carraspeó.

Urcras se levantó de la silla, aún sonriendo de medio lado. Tomó una gelatina y se la metió en la boca. El licor se deshizo en el acto y lo tragó.

—Bienvenido a mi humilde morada, compatriota. ¿Puedo conocer tu nombre? ¿Deseas algo de alcohol? ¿Unas cápsulas? ¿Algo con que tranquilizar tu espíritu?

—Llámame Sasañe —graznó el forastero—. Y no, no quiero nada. ¿Podemos entrar ya en materia? No tengo mucho tiempo. Hay rumores de que los uracsanos vendrán pronto por aquí y me gustaría estar lo más lejos posible de Uanón cuando tal circunstancia ocurra.

—Claro, los uracsanos. Es cierto, vendrán en un luabara o dos. Tengo mis fuentes y me he informado bien: unos cinco o seis suacriles, cada uno con sus once monoplazas cazadores. No mucho, pero lo suficiente como guarnición estable para Uanón.

—Sí, suficiente. —Sasañe movió la cabeza hacia atrás—. ¿Por qué no le dices a tus esclavos que se vayan a dar un paseo?

El ili se acercó a él.

—Quieto, Bag —ordenó Urcras, y el ili se detuvo—. Podéis retiraros.

—Urcras, lleva cuidado —dijo Bag—. No le conocemos.

—Si uno no se puede fiar de un congénere —Urcras escudriñó el ojo de Sasañe—, ¿qué nos queda en este maldito universo?

—Te lo he advertido —repuso Bag.

El salme y él salieron de la estancia. El panel metálico bajó sobre sus guías y Urcras y Sasañe quedaron solos.

—Siéntate —invitó Urcras—. Puedo cederte mi silla, yo utilizaré una de esas cajas. Me temo que este despacho es demasiado funcional.

—Prefiero seguir de pie. Y puedes estar tranquilo, tus chicos me registraron antes y me quitaron las armas.

Urcras se aposentó de nuevo en la butaca, cuyo plástico se moldeó para acoger su cuerpo. Las dos manos superiores se unieron tras la nuca, la inferior izquierda tomó otra bola de gelatina alcohólica y su hermana diestra tocó el holograma lleno de cifras y datos, que desapareció al instante. Agarró uno de los holoproyectores esféricos y lo apretó. La

habitación se convirtió en una gran ciudad típica larcasana, con sus enormes pirámides que se alzaban hacia los cielos, en tonos que iban del amarillo al rojo y de ahí al negro, y las estatuas de los héroes del Imperio. Todos aquellos dauares virtuales caminaban a través de Urcras y Sasañe, perdiéndose en la avenida sin fin, bajo los puentes y las enseñas gloriosas, bajo un cielo celeste, en el cual Uram brillaba con fuerza.

—Apágalo —espetó Sasañe.

—¿Por qué? —Un flotador de colores oro y azul pasaba a través de un Urcras sonriente, divertido—. ¿Acaso no te recuerda a la Madre Larcas, *La Cuna de la Gloria*?

—No estoy para tonterías, así que apágalo.

—Como desees. Pensaba que gozabas de sentido del humor, pero compruebo que me equivoqué.

Los dedos apretaron cierto resorte en la esfera proyectora y ambos dauares se

encontraron de nuevo en un sucio y triste despacho de Borsta, Uanón.

Sasañe permanecía en silencio, de pie, encorvado. Urcras le miraba, pensativo y burlón.

—¿Sabes una cosa, mi hosco amigo? Eso es en verdad lo que nos falta a los dauares: sentido del humor.

Sasañe se encogió de hombros y carraspeó. Urcras dijo:

—Somos demasiado pesados y serios. Siempre pensando en la conquista, en los héroes, en el deber... Con un apetito desmedido por la gloria. No, no, no. Nos falta el humor y la ligereza. Los liseres son unos locos que sólo viven para sus propios placeres. Los ilis... Bueno, uno nunca sabe qué pensar sobre ellos. En general, resultan mediocres. Pero hasta los salmes poseen capacidad para gastar y asimilar bromas. Y así, con otras tantas y tantas razas del Sistema.

»Sin embargo, fíjate en nosotros, los dauares. Guerra, lucha, poder. Sólo nos

realizamos en medio del combate. Desde pequeños nos educan en la tozudez, en la obstinación. En hacer nuestra voluntad caiga quien caiga.

—A juzgar por todo lo que hemos logrado, resulta efectivo. Pero por lo que veo encima de tu mesa de trabajo, tú sí has encontrado un nuevo sentido a la existencia. Tu propio sentido del humor.

Urcras abrió mucho el ojo y exhaló una carcajada.

—¡Fantástico! Esa ironía me parece excelente. Puede que tú y yo nos llevemos bien.

—Lo dudo. —La sonrisa de Urcras desapareció. Sasañe le señaló con un dedo—. ¿Y tú? ¿No te marchas? Los uracsanos no son muy amables con sus prisioneros.

—No tengo nada que temer —contestó Urcras—. A mí los dures no me harán nada.

—Es extraño, porque en algunos planetas donde han encontrado dauares, los han ejecutado o vendido como esclavos.

—Eso es porque eran dauares hostiles al Dur. A mí me importa poco quién mande mientras se me permita negociar. El negocio, querido congénere. Ésa es la clave.

»Si obedeces los edictos del emperador no te ocurrirá nada.

Sasañe torció la cabeza, asqueado.

—Orón no es más que un idiota, un muchacho, un menor influido por un Consejo corrupto y podrido, siempre dispuesto a complacer los caprichos de los gobernadores planetarios.

—Pero es el emperador. Él firmó el armisticio y por tanto nos hemos rendido al poder uracsano. El Dur conquistará el Sistema como antaño lo hicimos nosotros.

—Quizá debimos exterminar a todo el Enjambre tras la Primera Gran Guerra.

—¡Ah, amigo Sasañe! Debimos, debimos... La mente siempre tiende a replegarse hacia el pasado con dolor. Ganamos una Gran

Guerra pero hemos perdido otra. Hay que aceptarlo. Hay que convertirse al Dur y...

—Todo empezó a corromperse por aquel entonces. Regodeados en la gran victoria, permitimos coexistir al Enjambre como Cultura Federada al Imperio. Y cuando caímos en el periodo de guerras civiles aprovecharon su oportunidad para atacar de nuevo.

—Gruñes igual que una bestia hambrienta. Lo hecho, hecho está. Ahora hay que sacar el mejor partido de este contexto. Como haremos tú y yo. Estoy seguro de que desertaste cuando las cosas empezaron a ponerse mal.

Sasañe le observó durante muchos ulmes. Torció la cabeza con aire apesadumbrado.

—En efecto. Perdí el honor.

—El honor no existe —espetó Urcras, con voz dura—. Es una más de esas mentiras que te cuentan en la Academia; gracias a ese supuesto honor, millones de dauares dejaron su

vida en planetas olvidados, para enriquecer a los gobernadores y aumentar la gloria del emperador de turno. Créeme: el honor no existe.

—Eso dicen todos los que lo han perdido.

Ambos permanecieron silenciosos.

—Fue en Laráter —dijo Sasañe, a media voz—. El Gran Desastre. Yo mandaba sobre una escuadra de cazadores. Los suacriles, y sus propios cazas, nos envolvían. Eran demasiados, y ayudados además por la traición de los buranos. Murieron millones en baras y las naves del Imperio, junto a muchas Madres uracsanas, aún flotan en la órbita burana, convertidas en despojos. Fui de los pocos miles que logré escapar. El Octavo de Cazadores de Zul, hecho pedazos...

Urcras no dijo nada. Sasañe prosiguió, como hablando para sí mismo, lleno de amargura:

—Ya entonces la política del emperador era demasiado ambigua, comenzaban a firmarse

pactos con naciones y hasta mundos adictos al Dur. Tampoco se hizo nada para defender Uñac o Caremún, y otros planetas cercanos a Soyabi. Orón se demoraba en plantear una defensa eficaz y la embestida del Enjambre avanzaba.

»Poco a poco nos íbamos dando cuenta de que Larcas no quería ganar esta segunda Gran Guerra. Se buscaba una paz innoble, dejando morir a los ejércitos en un Laráter tras otro.

»Sólo quedaba la alternativa del general rebelde Gaxal.

—Los generales rebeldes han hundido en la miseria el Imperio durante más de ochenta seabucranes —sentenció Urcras—. Gaxal no es más que otro ambicioso arribista. Gracias a ellos hubo tanta guerra civil. Y de ahí, tanta indefensión ante el Enjambre.

—Te equivocas. Gaxal es distinto. Se declaró rebelde no para usurpar el mando del Imperio, como hicieron otros antes, sino para defenderlo del Enjambre. Fue el primero que

comprendió los aires que corrían en Larcas, con Orón y su Consejo corrupto. Se dio cuenta de que el emperador quería perder esta guerra y por eso se declaró rebelde. Y claro está, las tropas lealistas se volvieron contra él con mayor saña que contra los uracsanos.

»Me pasé al bando rebelde. Pero también deserté de ellos cuando las cosas empezaron a ir de mal en peor.

—Orón debe protegerse las espaldas. —Urcras se encogió de hombros—. Es nuestro particular sistema de selección: si el emperador no es fuerte sus propios generales lo echan para agarrar el poder. Poder, siempre poder personal.

—Hubo una época en que las cosas no fueron así... —murmuró Sasañe, con el ojo brillante, la mirada colgada del vacío—. Durante la Primera Expansión y quizá incluso tras la Primera Gran Guerra. Entonces, en el Imperio se combatía por el honor y la gloria. Por la grandeza de la raza dauar. Los generales y los emperadores desechaban el fasto y la pompa.

Los gobernadores eran controlados con mano dura, aún no había corrupción entre los administradores locales de cada planeta y el Consejo era una sombra de lo que es ahora. Sí, eran otros tiempos...

—¡Los buenos y viejos tiempos! —rió Urcras, burlón—. Vamos, mi querido amigo nostálgico y sentimental. La propaganda de los poetas; todo aquello ocurrió hace casi cinco ciamalbucranes. ¿Quién te dice que por ese entonces nuestros antepasados no se regían también por una ambición desmedida, velada por la propaganda oficial?

Sasañe se volvió hacia Urcras.

—No entiendes nada. Nada.

Urcras se encogió de hombros y tragó una nueva gelatina alcohólica.

—Pero me va bien —contestó.

—Y tú... ¿cuándo desertaste?

—También en Laráter. Estaba con la Vigésimo Primera de Cazadores de Súa. Súa murió, y junto a él muchos otros grandes

mandos e innumerables pilotos. Sí, fue una jornada sangrienta.

Sasañe sonrió, malévolamente.

—¿Qué te hace tanta gracia? —espetó Urcras.

—La Vigésimo Primera de Cazadores de Súa. Es interesante. Se rumorea que el caza de la última formación dio la vuelta en cierto momento apurado de la batalla y envió una andanada tras otra sobre la torre de mando de su portacazas. Nadie esperaba esta traición, que bloqueó las comunicaciones y el control de la gran nave, quedando inerte ante el ataque de los cazas y los suacriles del Enjambre. Por supuesto, las nubes de cazas Dur escoltaron a ese piloto dauar traicionero, llevándolo muy lejos del combate. Nunca se le volvió a ver.

—¿Qué estás insinuando? —inquirió Urcras, amenazador.

—Nada, nada. Ya sabes que los rumores son la diversión principal del soldado aburrido.

Urcras adoptó una postura más recta en la silla.

—Estoy harto de ti. ¿Tienes la nave o no?

—Claro, claro. Por eso he venido hasta aquí. Supongo que no estarás grabando todo esto, ¿verdad? No me gustaría que, si todo se tuerce, hubiera pruebas contra mí.

—¿Crees que soy un chapucero? Llevo sólo un seabucrán aquí en Borsta, pero sé cómo funciona todo. Tengo tres *Palacios del Placer* en esta maldita ciudad y las autoridades del Imperio nunca han podido atraparme. Ahora que se han ido las cosas serán más sencillas. Puedes guardarte tus miedos, no hay cámaras ocultas.

—Decido creerte. ¿Y de qué se trata? ¿Guérex, Tres-Rojo-Tres, sarguán...?

Urcras sonrió con aire inocente.

—¿Qué te hace pensar que quiero realizar un transporte de drogas?

—Además de traficante eres adicto. Eso se nota enseguida. Si fuera un cargamento legal

no habrías mandado a tus rufianes al espaciopuerto para esparcir entre susurros esa demanda de una nave en regla. Te hubieras limitado a usar los canales oficiales. Armas o drogas. Pero yo creo que a ti te son más agradables las drogas.

—Suponen un cambio, después de servir en la Armada Imperial.

—Tienes prisa, ¿verdad?

Urcras sonrió de nuevo.

—El intermediario murió, o desapareció, y me quedé sin nave para mi cargamento. Y el comprador espera. Ha pagado ya más de la mitad del precio estipulado. No me gusta perder mi buena reputación, así que quiero una nave lo antes posible. Y con gente que no haga preguntas. No te preocupes por lo que vas a recibir: satisfará tus expectativas. Pero tampoco intentes excederte. Por algo me llaman *El Negociante*.

—¿Dónde?

—Luarma. Como verás, es un trayecto corto y exento de riesgos. Hasta que los uracsanos impongan su propio gobierno todo está en el aire. No encontrarás muchos agentes de la ley en tu camino y los que haya habrán recibido ya créditos suficientes como para mantener la boca cerrada.

—Entiendo.

—¿Qué nave tienes?

—Un crucero de combate Excedrón IV. Urcras soltó una carcajada.

—¡Vaya! Cuando desertas, lo haces a lo grande. Un bonito cacharro. ¿Lo robaste?

—Digamos que me lo llevé prestado. Hay cinco dauares conmigo, de confianza. Mi rango es de oficial, así que no habrá problemas con ellos. Obedecerán órdenes.

—También yo fui oficial.

—¿Piloto de caza? —inquirió Sasañe, maligno.

—Eso no te incumbe —cortó Urcras, con sequedad.

—Está bien. ¿Y cuánto ofreces?

—Primero quiero ver la documentación del cacharro. No quiero sorpresas.

—Me parece bien. —Sasañe extrajo un rectángulo metálico, fino, plateado, no más largo que uno de sus dedos, de un compartimento del cinto. Lo tomó con cuidado para no cortarse, pues sus bordes eran afilados—. Un asunto rápido, ¿no? Quiero estar lejos de aquí cuando vengan los uracsanos.

—Por supuesto. Ir a Luarma, entregar la mercancía, volver y cobrar. Algo rápido.

—Sí. Rápido.

Sasañe le arrojó el pequeño proyector rectangular. Se clavó en el cuello de Urcras, que retrocedió, levantándose de la silla. Abrió uno de los cajones cristalinos y sacó una pistola de repulsores. Apuntó hacia su congénere, que continuaba quieto, en pie.

—¿Qué...? —comenzó a decir Urcras.

Se tambaleó. Su cuerpo se aflojó y cayó al suelo, soltando el arma. Aún tenía el rectángulo metálico hundido en un tendón del cuello. El vello morado que cubría la epidermis comenzó a mojarse. Tenía el ojo abierto, brillante a causa de la furia. Jadeaba con rapidez. Pero no se movía, preso de temblores.

Sasañe se deshizo de la capa y enderezó el cuerpo. Se acercó a Urcras, flexionó la rodilla y tomó la pistola de entre los dedos. Moduló la voz. Ya no sonaba ronca, ni estremecida por las toses:

—Los bordes del holoprojector están impregnados de un veneno de acción rápida. Actúa sobre el sistema nervioso y no podrás moverte en los apenas diez atulmes que te restan de vida. —Se envolvió la mano en un trozo de gasa que sacó del pantalón y extrajo el pedazo metálico del cuello de Urcras. El herido le observaba impotente, desde el suelo—. Sabía que tus guardias no me iban a permitir entrar con armas, así que hube de acudir a otros métodos.

Tiró el holoprojector manchado de sangre bajo la mesa.

Los labios de Urcras comenzaron a moverse. Surgía un gemido de su boca, acompañado por un reguero de baba. Se le marcaban los músculos de los brazos a causa del esfuerzo, pero al fin logró hablar.

—¿Por... qué? —preguntó.

Sasañe sopesó la pistola. Se levantó.

—Mi nombre auténtico es Ocrum Lar y en realidad fui capitán de la Vigésimo Primera de Cazadores de Súa.

Urcras torció sus labios convulsos y exhaló una carcajada amarga.

—Hubo... hubo supervivientes, entonces. No hice bien mi trabajo...

—Sí que los hubo, Urcras *El Negociante*... o mejor aún, Salván Lota, *El Traidor*. Hiciste bien tu trabajo, pero fueron los cazas del Enjambre los que dejaron escapar una escuadrilla, una sola escuadrilla. Veinte dauares.

—¿Veinte? Creí... creí que tenías cinco...

—En principio escapamos sólo veinte de nuestra división. Después desertamos y nos pasamos al bando de los rebeldes de Gaxal. En las consiguientes luchas contra el emperador murieron catorce. Por tanto sólo quedamos seis. Tuvimos que posponer nuestra deuda contigo, pero cuando nos fue posible comenzamos a buscarte. No resultó demasiado difícil dar con la presa.

—Enhorabuena... —sonrió Urcras, entre toses—. Una... parte de mí... sabía que me encontrarían. El Imperio no... perdona.

—Exacto. No perdona. Deberías haber hecho caso a esa parte de ti y meterte en algún agujero negro.

Urcras quiso asentir, pero no lo logró.

—La nave... ¿existe de verdad?

—Sí. Cuando tu rastro nos llevó hasta Uanón, y después a Borsta, tuvimos un golpe de suerte: pedías una nave con urgencia para hacer un transporte rápido de mercancías. Nosotros estábamos cerca. Era la excusa adecuada para

llegar hasta ti. El resto ha sido fruto de un plan audaz. Y de la improvisación.

—No... no saldrás con vida de aquí... Tengo gente armada... Tengo...

—Ya me ocuparé de eso después. Cuando lleguen los uracsanos, los míos y yo estaremos a muchos millones de sanasubas de Uanón. No es extraño que no temieras su llegada. Sin duda te pagaron bien.

—El dinero... El dinero es lo importante. El Imperio está condenado. Muerto. Hice un trato con ellos. Me... hubieran protegido aquí... en Borsta.

—El Imperio renacerá. Los rebeldes de Gaxal tomaremos el poder. Y habrá una Tercera Gran Guerra. Te lo aseguro.

—El Imperio está muerto... —Urcras consiguió esbozar una sonrisa—. Vosotros, ilusos, no sois más que... cenizas. Cenizas.

Su cuerpo se estremeció en una mezcla de risa y estertores. La piel empezaba a tomar un aspecto azulado y claro.

El ojo de Ocram Lar mostraba dureza.

—Pero entre las cenizas aún quedan rescoldos. Si se sopla sobre ellos con fuerza, el fuego renacerá.

—Mátame. Hazlo de una vez por todas. Hazlo.

Ocram Lar asintió en silencio. Ajustó la intensidad del rayo que iba a descargar y acercó la pistola a la cara contraída por la furia y el odio.

—Aún queda en ti algo del Imperio —dijo Ocram.

Disparó.

Se levantó, observando el cadáver que tenía medio rostro convertido en pulpa irreconocible. Se había asegurado de que la otra mitad siguiera más o menos incólume.

Se volvió hacia la compuerta. Continuaba cerrada. Los repulsores no hacían demasiado ruido, así que fuera no tenían por qué sospechar... si es que Urcras no mintió cuando dijo que no iba a grabar la entrevista. Debía darse prisa y actuar antes de que el cadáver

comenzara a ganar rigidez. Desnudó al muerto y después él mismo se quitó sus propias ropas. Desató las tiras de plástico color morado, que se confundían con el vello de su costado y espalda, y se quitó la falsa tripa que sobresalía de su abdomen. Era un postizo hecho con una pasta que imitaba la consistencia de un auténtico estómago abultado dauar. Sin él, Ocram aparecía alto, delgado y fuerte, con el abdomen plano. Colocó el falso estómago sobre Urcras y el muerto engordó diez sanaoneras de golpe.

Le llevó largos y afanosos atulmes vestir al caído. Pero lo consiguió. Sudaba y jadeaba cuando se llevó la mano a la cara y pellizcó sobre la cicatriz. Comenzó a tirar de ella y la carne blancuzca se desprendió, en un largo trozo de pasta, parecida a la que formaba la tripa artificial. Con todo cuidado, la colocó sobre la mitad incólume del rostro destruido.

Se puso las ropas que llevara Urcras. Metió los dedos en el charco escarlata que se esparcía sobre el firme, bajo el boquete en la cabeza del *Negociante*. Vestirle le había

ocasionado manchas negruzcas por todo el cuerpo, pero aún así se embadurnó la cara a conciencia.

Apuntó al cadáver y descargó dos tiros más, en el pecho. A diferencia del láser, el repulsor no quemaba; sólo atravesaba y aplastaba. El tórax de Urcras quedó convertido en un caos horripilante.

Mientras se acercaba a la compuerta, Ocram recordó a aquella muchacha lisere, del grupo de jóvenes que danzaran en la calle en torno a él, hacía menos de una bara. Todos los dauares parecen iguales, dijo. Aquellas palabras acabaron con sus últimas dudas.

Antes de apretar el botón de apertura, recordó algo. Llegó hasta la mesa, tomó el diminuto proyector esférico y lo accionó. La habitación volvió a convertirse en una urbe larcasana, llena de pirámides plateadas y azules y de decenas de dauares. Tiró el proyector hacia algún lugar del fondo de la estancia.

Apretó el botón de la compuerta y se cubrió medio rostro ensangrentado con la zurda superior, empuñando en la diestra la pistola.

En el pasillo, Bag y Chatga conversaban, mientras los liseres se revolcaban unos sobre otros tras las gasas rojizas y los hologramas danzaban en el aire.

—¡Jefe! —gritó Chatga, acercándose—. ¿Qué ha ocurrido?

Ocram se agarraba la cara, medio tapándola. Su voz sonó ahogada por los dedos contra los labios.

—¡Ese bastardo! —gimió—. Se abalanzó sobre mí y trató de matarme. Tenía un cuchillo oculto. Le disparé.

—¡Lo sabía! —rugió Chatga.

Bag miró durante un instante a Ocram. Vio a un dauar manchado de sangre y empuñando una pistola, vestido con las mismas ropas de su amo. Dentro del despacho descubrió a otro dauar, harapiento, tripudo, con aquella cicatriz espeluznante en un rostro al que

le faltaba la mitad. Además, en la habitación flotaban muchos otros dauares, figuras holográficas que titilaban con aquel brillo inconfundible, leve, artificial.

Bag se volvió hacia Ocram.

—¿Estás bien, jefe? —inquirió.

Ocram asintió, sin despegar la mano de la cara.

—¡Sí, maldita sea! —bufó, por entre los dedos—. Me hirió en la cara, pero acabé con él. He de irme, tengo un asunto urgente que atender.

—¡Iré contigo! —gritó Chatga.

—¡No! Esto lo tengo que hacer yo solo. Son asuntos del pasado. De cuando yo estaba en el Imperio, ¿entiendes?

—Pero... ¿por qué no podemos acompañarte? —preguntó Bag, acercándose a Ocram, que se había metido en el ámbito de un holograma de colores chillones—. ¿Dónde vas?

—¡Es asunto mío! ¡Que nadie me acompañe! ¡Volveré pronto, pero que no venga nadie! ¡Nadie!

Bag hinchó los ojos a los costados de la gruesa nariz tubular, sorprendido. Pero no dijo nada, pues el que pensaba era Urcras ya andaba a toda velocidad por el pasillo, en dirección a la compuerta de salida, tambaleándose, sin despegar la mano del rostro.

Bag continuó mirándolo durante varios ulmes más, mientras la compuerta se abría y aquel dauar alto, esbelto y fuerte, manchado de sangre, le gritaba al estupefacto Utga que se apartara de en medio y le dejara en paz.

Bag se volvió hacia el despacho y entró. Chatga rebuscaba sobre la mesa.

—¡Dónde estará el maldito proyector!
—rugió—. ¡Estoy harto de dauares!

Bag se acercó al cadáver. Pero las imágenes de dauares se entrecruzaban unas sobre otras, pasando por encima del caído, de la

sangre y los muebles. Atravesándole también a él mismo.

—¿Dónde guarda el jefe las grabaciones?

—preguntó.

—¿Eh? Ahí, en ese cajón, creo. Pero no le gustará que husmeemos, ya sabes cómo...

—¡Cállate!

Bag comenzó a abrir los cajones, buscando frenético.

—¿Qué te pasa? —preguntó Chatga.

—Aquí... Aquí hay algo que no entiendo... No me gusta, no me gusta... El jefe debió grabarlo, como siempre. ¡Ah, aquí está! ¡Vamos a ver qué demonios ocurrió!

—Han enloquecido todos —musitó Chatga con su voz ronca, meneando la cola escamosa, mientras un flotador cargado de dauares adustos atravesaba su cuerpo.

III

Calma. Calma. Calma.

El capitán Ocram Lar se contenía para no echar a correr. Debía mantener un paso rápido pero firme. Sólo eran tres calles. Menos de un sanasuba. En el trayecto de ida hubo de dar un rodeo para tenderle la encerrona a ese ili que le siguió. Pero ahora no tenía por qué entretenerse. Las gentes comenzaban a darse cuenta de que allí había un apestoso imperial, sucio, manchado de lo que parecía sangre. Le miraban con ira, alguno incluso le gritaba un insulto. Pero no hacían nada más. El temor al Imperio aún pervivía en sus mentes, el subconsciente les jugaba una mala pasada, impidiéndoles atacarle.

Ocram se sentía como una gran fiera perseguida por pequeñas alimañas. Le rodeaban, le miraban con hostilidad. Si echaba a correr se le vendrían encima. Ten calma. Calma. Sólo tres calles.

VI

El *Viajero* se acercaba a velocidad de vértigo hacia una línea negra y maciza, un muro que subía desde la planicie desértica: montañas picudas entre macizos romos, en colores negro y azul, con las puntas blancuzcas a causa de los sombreros de nieve y hielo. La nave se introdujo rugiendo y zumbando entre los dos primeros montes. Voló sobre un valle de miles de subas de profundidad. En el fondo descansaba un lago cristalino, su superficie reflejaba las nubes y el celeste del cielo uanonio.

Tras ellos aparecieron los once cazas, dibujando estelas de fuego y vapor, alineados en dos amplias uves, la primera de cinco sargores y la segunda de seis. El quinteto dobló y se hundió en el valle profundo, mientras los seis restantes volaban por encima de las cumbres, siguiéndolos a cierta distancia.

El *Viajero* describió una curva y su proa enfiló hacia uno de los cientos de portales, grietas rocosas sobre el mismo murallón Este del valle. Se hundió en la brecha, penetrando en la primera cañada gigantesca de aquel laberinto. Las toberas soltaban llamaradas azules y su rugido estallaba entre las fachadas, provocando aludes desde las cumbres.

Los cinco cazas penetraron también en el paso entre montañas, abriéndose para no presentar un blanco fácil. Los cañones láser estaban ya dispuestos bajo el morro, por delante de las patas metálicas replegadas. Pero no abrirían fuego hasta tener suficientes posibilidades de hacer blanco. Eran pilotos experimentados y cometerían muy pocos errores. Dos aceleraron aún más para servir de avanzadilla, mientras los tres restantes constituían su apoyo en la retaguardia.

Unos dos mil subas por encima del laberinto de grietas, abiertos en una amplia formación en uve estilizada y comunicados con sus compañeros mediante radar y radio, los

otros seis cazas uracsanos proseguían la cacería. Si la presa trataba de salir de las montañas ellos estaban allí para reventarla con sus lasers.

El *Viajero* continuó adentrándose entre las torres de metal, vomitadas desde el mismo suelo uanonio. A veces las cruzaban formaciones caprichosas, uniendo las montañas mediante puentes horizontales y curvos, hundiendo grandes extensiones del fondo en una sombra profunda.

—¡Atentos! —oyeron el grito de Seprón—. Ya hay contacto visual con esos dos cazas escapados.

—Los tendremos pegados durante un buen rato —dijo Gorlac, sombrío.

—Gorlac, echa una mano a Lup con los cañones de la panza y el lomo, pronto estaremos en distancia de combate.

—Sí, capitán.

El par de monoplazas ya estaban a menos de un sanasuba del crucero imperial, sus cascos casi tocaban la línea gaseosa dejada por

las toberas del *Viajero*. Los cañones escupieron líneas brillantes, que hicieron estallar la roca en pedazos y nubes de chispas, despidiendo nubes de metralla, mientras el eco amplificaba todo aquel coro de crujidos espantosos.

Las baterías de popa del *Viajero* también disparaban, mientras el mundo se convertía alrededor de la nave en un jirón impreciso y oscuro de sombras y metales, de cielo celeste y profundidades ominosas. Los uracsanos esquivaban la lluvia mortífera. Como grandes pilotos que eran, maniobraban a velocidad alucinante entre los taludes y las cornisas, persiguiendo la nave imperial, más corpulenta, aunque también ágil y veloz.

—¿Maniobra de envolvimiento Dos-Tres-Seis? —inquirió Gorlac.

—¡No! —repuso Ocram, mientras la nave descendía casi hasta treinta subas del suelo rocoso, para esquivar una andanada brillante y rojiza—. ¡Si giramos o reducimos velocidad toparemos con el trío de retaguardia!

Los lasers del caza uracsano persiguieron al *Viajero*, haciendo nacer sobre la fachada montañosa chispas y llamaradas, levantando olas de metal al rojo vivo, dibujando surcos y grietas en las profundidades.

—¡Subimos! —gritó Ocram—. ¡Disparo desde el lomo, Gorlac!

—¡Sí! —respondió el sargento.

El *Viajero* quebró casi en ángulo recto, pegado a la fachada rocosa. Su sombra veloz cabalgaba sobre la superficie vertical, mientras los lasers arrancaban picachos enteros y nubes de metralla humeante, a demasiada poca distancia de la popa. Gorlac se concentró en prever los fugaces movimientos enemigos y sus cañones dispararon una lanza tras otra. Impactaron en uno de los cazas, haciéndolo reventar en llamaradas cegadoras. El aparato humeante siguió girando y zumbando y crujiendo, hasta aplastarse contra un enorme muro en sombras, rebotando la chatarra brillante sobre las cornisas y los taludes.

—¡Bien, Gorlac! —gritó Seprón.

—Aún quedan diez —recordó Lupa.

El *Viajero* se introdujo en una nueva cañada tenebrosa, seguido por el segundo caza escapado. Las baterías de popa trataban de alcanzarle, pero el ágil aparato esquivó los rayos, sin perder la pista del crucero.

Desde el trío de retaguardia uno de los cazas se desmarcó, dispuesto a relevar al caído. Pronto se unió a su compañero y, otra vez en pareja, persiguieron al aparato imperial.

—¡Necesitamos una zona de más obstáculos, Señac! —exclamó Taquiane—. ¡Aquí estamos demasiado expuestos!

—Entendido. Teniente, te envío las coordenadas: es un territorio lleno de cuevas, en el que viven unos gusanos gigantes.

—¿Gusanos gigantes? —inquirió Lupa.

—Vamos hacia allá —dijo Ocam, con el rostro, dentro del casco, empapado en sudor.

Siguiendo una cierta dirección, continuaron metiéndose en cañadas cada vez

más estrechas, ariscas y profundas, como si un dios la hubiera emprendido a cuchilladas sobre la piel de piedra del planeta.

—¡Mira esa grieta marrón de la izquierda, Ocram! —dijo Taquiane—. Entramos en ella y después deceleración a un punto y medio. ¿Lo has oído, Seprón?

—¡Sí, capitán!

—Bien pensado, Taqui —musitó Ocram.

El crucero dobló en un ángulo agudo y se dirigió a la salida más estrecha del pasillo montañoso. El tajo negruzco se les acercaba de manera aterradora, durante un ulme pareció que no cabrían y se iban a estrellar y rebotar contra sus paredes. Pero la nave pasó rozando la piedra y comenzó a decelerar con suavidad, elevándose poco a poco. El caza que les perseguía también se metió y sus lasers cruzaron el aire, decenas de subas bajo la panza del *Viajero*. Seprón disparó las baterías de popa. Los rayos levantaron nubes de piedras y esquirlas e impactaron en el sargor,

que no había podido maniobrar en tan estrecho espacio. El caza surgió de la angostura convertido en un amasijo veloz de llamas y metales retorcidos.

Su compañero, tal vez enardecido por el deseo de caza y venganza, había cometido el error de seguirle muy de cerca. Tampoco le dio tiempo a salir de la trampa de piedra y una explosión iluminó las sombras de la cañada, mientras los últimos lasers imperiales terminaban de barrer el paso.

Los dos cazas de retaguardia no cometieron el mismo error. Se ocuparon de acribillar la garganta, ensanchándola mediante una furiosa lluvia rojiza. Pasaron veloces entre las nubes de humo y guijarros, pero ya el crucero se hallaba lejos, internándose en otro pasillo.

Sobre las montañas, del grupo de seis cazas se desmarcaron cuatro, doblando en una diagonal descendente.

—¡Enhorabuena! —gritó Señac.

—Aún quedan ocho, no lo olvidéis
—dijo Lupar.

—Seguiremos hacia el terreno más peligroso y escarpado que haya en esta cordillera —anunció Ocram—. Esas cuevas de los gusanos gigantes.

—Se llaman ilares —advirtió Señac.

—¿Activamos el escudo mimético?
—preguntó Taqui.

—Aún no, prefiero reservarme por ahora ese truco —repuso Ocram.

El pasillo rocoso presentaba aquellos brazos, puentes de piedra naturales entre la abigarrada agrupación de picachos y macizos, cuya sombra listaba las profundidades.

—¡Ocram, las sombras! —gritó Taqui.

—¡Fuego desde el lomo! —contestó Ocram, mientras maniobraba con brusquedad.

Había visto las sombras de los cazas, ocultos por uno de los grandes puentes pétreos, esperando el paso del crucero. Dobló la nave

imperial mientras de su escondite surgían dos cazas, vomitando líneas rojizas que abrían cráteres en las profundidades. Otros dos llegaban desde el frente y soltaban también sus espadas brillantes.

—¡Es una trampa! —aulló Lupar, mientras dirigía los cañones del lomo hacia las alturas.

Aquellos cuatro monoplazas escapados del cielo habían logrado adelantarse a la trayectoria de su presa y ahora les atacaban desde el frente y arriba, sumándose al par de la retaguardia.

Hubo una telaraña de líneas rojas y brillantes en aquel valle sombrío. Todo devino un caos de fragores y nubes de llamas y pedazos de roca. En el fuego cruzado, uno de los cazas de las alturas explotó y se estrelló casi en línea recta contra el fondo.

—¡Las cuevas! —aulló Ogram.

Aparecían a ras de suelo, aberturas circulares de más de ochenta subas de radio. El

infierno de chispas, crujidos y lasers continuó durante un ulme más, hasta que el crucero logró introducirse en la más cercana.

Los cuatro cazas le siguieron, dividiéndose en dos parejas. La de vanguardia disparaba sin cesar, iluminando de líneas y haces incandescentes la caverna, dibujando sombras fantásticas en su pared circular.

—Estos túneles forman un auténtico laberinto que se introduce decenas de sanasubas en el roquedal —informó Señac.

—¡Magnífico! —masculló Seprón entre dientes, mientras continuaba haciendo fuego con la batería de popa.

—Mantened la sangre y fría y la decisión y les venceremos —afirmó Ocram, agarrando con fuerza los mandos de la nave.

Las seis naves, entre líneas rojas e impactos luminosos, surcaban raudas aquella gigantesca tripa de roca. Todas ellas poseían sistemas de visión nocturna, así que no les era necesario encender ninguna luz guía.

El túnel continuaba descendiendo en una diagonal pronunciada, a veces incluso en vertical, y comenzaron a aparecer otros corredores secundarios.

Ocram hizo doblar la nave y la metió en el primero, de unos cien subas de diámetro. Los cazas no le perdieron la pista.

—¿Qué es eso? —gritó Taquiane.

Ante ellos, de la pared tubular surgían agudos farallones y picos que estrechaban el terreno y entre los que maniobraron con dificultad, escapando siempre del choque en el último instante.

—¡Seprón, barre el túnel! —ordenó Ocram.

El soldado artillero obedeció, disparando sus baterías hacia todas aquellas caprichosas afloraciones de la piedra. Saltaron en pedazos, la mayor parte tan grandes como los propios cazas. Los uracsanos se encontraron ante una nube de fragmentos rocosos que llenaba el túnel. No había tiempo de retroceder y los tres primeros

aceleraron, pasando entre los pedazos incandescentes y humeantes. Pero los dos últimos no lograron esquivar el alud. Una roca aplastó la cabina del primero y la nave chirrió, abriéndose el metal entre chispas que parieron una flor llameante. El último caza descendió, rozando la panza con el suelo, pero un talud le cayó encima y sólo el morro escapó del aplastamiento, girando y chirriando entre estallidos azules.

El crucero salió del pequeño túnel a una caverna gigantesca, seguido por el trío de cazas uracsanos, cada ulme más sedientos de venganza. En la vasta estancia natural había unas formaciones oscuras, montañas de punta roma y cuerpo tubular.

Una de ellas, de pronto, se movió. Ondulaba, mientras la cueva iba llenándose de un rumor grave, profundo, que llegaba hasta los huesos.

—Hemos entrado en un nido de ilares
—dijo Señac.

Aquellos grandes gusanos eran seres vivos, pero sus epidermis estaban más cerca del metal que de cualquier tejido orgánico. Gruesos vasos capilares, cada uno más ancho que la envergadura de las alas del *Viajero*, se hinchaban en aquella piel de hierro, llenándose de una sangre parecida al magma. La red de venas hacía brillar a la criatura como si estuviera cubierta por una trama de cables fosforescentes y amarillentos. Ellos mismos excavaban aquellas cuevas en el interior de las Ula Yabsa, buscando las vetas de metales adecuados que daban consistencia a su organismo y los minerales que lo mantenían vivo. Eran seres ciegos, pero poseían un oído afinado. En aquella caverna se arracimaban más de quinientos. El suelo de la cueva estaba cubierto por un mar de cuerpos tubulares gigantescos, que se retorcían unos sobre otros, haciendo rechinar sus epidermis y provocando un constante rumor fragoroso. Los individuos menos agresivos hundían sus colmillos en la roca, abriéndola, buscando vetas de alimento. Los más fuertes se mantenían

estirados, vigilando el comportamiento de toda la manada.

Eran éstos los que habían percibido la llegada de aquellas insignificancias volantes, cuya picadura rojiza molestaba pero no hería. Despertaban de su letargo y se retorcían con una velocidad asombrosa para el tamaño de sus cuerpos. Unos agujeros circulares coronaban aquellas vastas columnas recorridas por venas brillantes. De ellos surgían los rugidos pavorosos y las puntas de unos colmillos oscuros, filosos como cuchillas, tan grandes como aquellos picachos pétreos en la superficie de la cordillera.

Ocram se lanzó por entre los gusanos gigantescos, rodeando los tubos de negrura que ondulaban y buscaban, intentando atraparlos entre sus fauces. Durante un ulme el pánico heló las mentes de los dauares, pero la cercanía de la muerte impuso cordura y reflejos. Abrieron fuego, esquivando a su vez los lasers enemigos.

Los cazas también intentaban eludir a los gusanos. Sus rayos impactaban en la piel rugosa

y dura, reventando los capilares, haciendo saltar aquella sangre hirviente. Un chorro alcanzó a un monoplaza y el líquido fundió el casco, llegando hasta las entrañas de metal. La nave sufrió una pequeña explosión, el piloto uracsano perdió el control y vio acercarse a velocidad pasmosa un agujero negro y unos colmillos que se cerraban, por entre los cuales pasó. El aparato explotó dentro del gran gusano, por sus fauces surgió una llamarada y la criatura se retorció, dolorida.

El *Viajero* descendió en una curva pronunciada, pasando bajo arcos colosales, surcados de venas incandescentes. Los dos cazas le siguieron, disparando, mientras Gorlac y Seprón, a su vez, no cesaban de abrir fuego contra sus perseguidores. Abajo, el mar de cuerpos también se inquietaba, comenzaban a erguirse las cabezas. Asomaban los colmillos, por entre los cuales se despeñaban aludes de piedra demolida, el fruto de escarbar el suelo de roca. No había ya tiempo ni fuerzas para hablar, los dauares cumplían con su misión sin malgastar aliento en palabras. Alrededor emergía

un bosque de tubos y columnas. Eran gusanos más pequeños y por tanto más veloces. Uno abrió sus fauces, vomitó nubes de guijarros que repiquetearon contra el casco y Ocram tuvo que doblar la nave para esquivar su mordisco. Gorlac hizo fuego desde los cañones de la panza y la criatura estalló en un caos de piel desgarrada y chorros de sangre brillante.

Uno de los sargores fue alcanzado por las baterías de popa y, convertido en llamas, chocó contra aquel fondo tan incierto. Las cabezas rugieron y se lanzaron sobre la inmundicia metálica, tragándola.

Ocram envió la nave hacia arriba, esquivando a los ilares más poderosos. Enfiló el *Viajero* en pos de un orificio de salida de la cueva, pero algo crujió en la abertura y surgió un cuerpo que chorreaba arenisca entre sus fauces. El crucero se desvió, esquivando por muy poco a la criatura, mientras la acribillaba con los cañones del lomo. El caza uracsano siguió a su enemigo sin dejar de disparar. Los grandes gusanos, al no poder atrapar a sus víctimas,

escupían un surtidor de enormes rocas desde el fondo de sus estómagos, intentando arrollarlas entre manantiales de piedra.

Una de aquellas lluvias de rocas alcanzó al monoplaza y lo envió cien subas arriba, dando vueltas sobre sí mismo. Las piedras y el amasijo de chatarra ardiente volvieron a caer hacia las profundidades.

—¡Hay que salir de aquí! —gritó Señac.

—¡Ya lo sé, maldita sea! —repuso Taquiane.

Rodearon la gran caverna buscando más aberturas, mientras las cabezas de los ilares continuaban moviéndose para atraparlos. Hubo más chorros de piedra, que esquivaban a veces por subas de distancia. De otra abertura emergió un gusano más. Había decenas de salidas, pero todas parecían ocupadas. Las criaturas, tal vez, estaban dirigiéndose hacia aquella posición en auxilio de sus congéneres, desde todos los puntos del laberinto.

El *Viajero* se introdujo en un túnel estrecho y oscuro, disparando sus lasers al frente. Ocram esperaba toparse de un momento a otro con la cabeza de un gusano. Se desharía en llamas junto al resto de la tripulación y por fin todo habría acabado.

Pero no sucedió tal cosa. Emergieron a un gran túnel, parecido al que tomaran para entrar en el nido. Vieron un enorme tubo pétreo al fondo, reptando.

—¡Este pasillo sube hacia la superficie!
—gritó Señac.

—Vamos, vamos, vamos... —musitó Taquiane.

Seprón, Señac, Gorlac y Taquiane gritaron de alegría cuando vieron aparecer la luz de Uram, lejana aún, tras la vuelta de un codo gigantesco.

—¿Creéis en los milagros? —exclamó Señac—. ¡Un solo crucero ha destruido a nueve cazas del Enjambre!

—Aún quedan dos —recordó Lupar.

—Cierto —remachó Ocram—. No lo olvidéis. Los uracsanos son tenaces, no abandonan así como así. Estad preparados.

—Lo estamos, capitán —respondió Gorlac.

Surgieron de nuevo a las montañas, al mar de luz y de sombras, a las fachadas rocosas y los picachos.

—¡Mirad arriba! —avisó Ocram—. ¡Lup, abre fuego!

—¡Malditos sean! —rugió Seprón—. ¿Cómo nos habrán rastreado?

—Nunca abandonan —repuso Ocram, entre dientes.

Los dos últimos sargores bajaban desde los cielos, disparando sin cesar, levantando llamaradas sobre el fondo del valle montañoso. Los lasers del lomo y la proa intentaron acertarles cuando la nave se elevó para seguir huyendo. Pero no iba a ser tan fácil. Todos los dauares del crucero habían servido en las escuadrillas de monoplazas cazadores. Sabían

que en este tipo de formaciones los últimos en atacar, los que se reservaban para cuando el resto murieran, eran los líderes. Los más astutos y experimentados.

También ocurría así entre los pilotos del Enjambre.

Los dos cazas se abrieron de manera majestuosa y siguieron al crucero por el laberinto de cañones. Las tres naves pasaban revueltas y esquinas zumbando y rugiendo, disparando sus lanzas brillantes. Dibujaban curvas y rectas, subían y bajaban, esquivaban y abrían fuego.

—Ahora sí, Taqui —dijo Ocram—. Ese puente. Envolvimiento vertical.

—Entendido.

El crucero pasó bajo un enorme brazo rocoso que unía dos taludes, la proa dobló hacia arriba de pronto y el cielo quedó bajo sus pies. El crucero rodeó el puente mientras los dos cazas pasaban a toda velocidad por el hueco. No les dio tiempo también a dar la vuelta, ahora

tenían al enemigo en la cola. Uno se abrió y serpenteó, pero el segundo no pudo escapar cuando las baterías de proa escupieron lanzas que lo atravesaron e hicieron de él hierrajos y chispas que dieron contra una pared de roca y rebotaron entre llamaradas.

El segundo caza se alejó por una cañada y Ocram le siguió. Sabía que los sargores sólo podían disparar desde proa, así que contaban con varios ulmes hasta que el monoplaza consiguiera de nuevo ponerse a sus espaldas.

La nave uracsana giró sobre sí misma mientras descendía, un movimiento soberbio, soltando un chorro de lasers que dibujaban un círculo rojizo. El crucero hubo de elevarse para esquivarlos y Ocram maldijo al piloto del Enjambre. De nuevo tenían al enemigo detrás.

—Taqui, escudo mimético en diez ulmes.

El piloto encendió los mecanismos y contó en silencio. Aquella maniobra iba a

consumir demasiada energía, así que podrían llevarla a cabo durante muy poco tiempo.

Ocram dirigió el crucero hacia otra zona de cañadas y dobló casi en ángulo recto para introducirse por la más estrecha.

—¡Artilleros, haced fuego cuando yo lo diga!

El *Viajero* pareció desaparecer, fundido con las rocas, con el paisaje montañoso. Sobre el casco se había extendido un holograma uniforme que el ordenador de a bordo había diseñado en décimas de ulme. Ocram apagó las toberas, frenó y encendió el motor antigraavedad. La nave quedó quieta en el aire. Sabía que la añagaza duraría muy pocos ulmes y un piloto avezado la descubriría en un instante, pues los hologramas nunca podrían alcanzar la nitidez y perfección de la imagen real.

El caza dobló la esquina abriendo fuego. Ante los ojos del piloto uracsano sólo había roca. De la piedra surgió un chorro de lasers y comprendió. El monoplaza giró, disparando a su

vez, pero había sido alcanzado. Siguió disparando antes de estrellarse contra la montaña. Su láser dio sobre un ala y la panza del crucero.

—¡No! —rugió Taquiane, mientras la nave temblaba y se deshacía de su envoltura mimética.

—¡Daños! —exigió Ocram.

—El motor principal y los conductos de combustible —dijo Señac—. El motor antigraedad también.

El *Viajero*, desgarrado bajo las alas, soltando humareda y lenguas de fuego, comenzó a elevarse otra vez.

—¡Capitán! —La voz de Señac temblaba—. Los motores están estallando uno tras otro. La nave va a volar en pedazos.

—¿Cuánto tiempo nos queda? —preguntó Ocram.

—Apenas medio atulme.

—Envíame posición de ese pueblo amigo del Imperio. ¡Rápido!

—Preparad el mecanismo eyector de vuestros asientos —ordenó Taquiane.

Los dauares así lo hicieron, asegurando a la armadura el fusil, el cuchillo de reglamento y la pistola. También, los estuches de raciones y el suministro médico. Señac tomó además el equipo de comunicaciones del grupo.

El crucero salió de las montañas y enfiló el ojo de la proa hacia el Este. Dejaba una estela de humo negro y el viento alargaba las lenguas de fuego que escapaban de sus tripas. Una de las dos grandes alas presentaba un boquete, bordeado de jirones metálicos. Varias toberas no funcionaban y los cañones de la panza habían quedado inservibles. A veces la nave se agitaba como un animal herido, mientras seguían produciéndose las explosiones internas.

Continuó volando a la máxima velocidad posible. Atrás quedaban las Ula Yabsa y bajo ellos el terreno se apaciguaba, tornándose

laderas rocosas. Tierra amarilla y vegetación roja ganaban terreno a la piedra. Bosques de un vivo escarlata, sobre los cuales se alzaban torres de fibra vegetal, ocupadas por seres alargados, con múltiples filamentos que se agitaban en su extremo superior. Más poblados entre la vegetación rojiza, lagos y ríos de un caudal cremoso, blancuzco, atravesado por pequeñas urbes flotantes, construidas sobre barcazas y almadías gigantescas.

Y al fin apareció la llanura verde, inacabable. El océano de brotes y hojas, de tallos, por entre los que se movían islas de carne marrón, listadas de blanco y azul.

—¡Fuera todos! —gritó Ogram.

El techo de la cabina de mandos y de las salas que ocupaban Señac y Seprón se abrió. Las butacas fueron proyectadas hacia las nubes.

Los seis dauares caían, sentados en unos asientos dotados de un pequeño motor de antigraavedad que pronto agotaría su carga.

Uram apareció por el horizonte como cualquier otra mañana, lanzando sus rayos, bañando de rojo y amarillo las esferas de Uanás. Los creyentes más celosos salían de los templos tras orar por primera vez. Las obreras y los guerreros empezaban sus quehaceres cotidianos. A pesar de la frescura del alba, el aire traía una brisa suave y templada que invitaba a seguir durmiendo.

La primera bomba estalló en un centro de comunicaciones, cuya función era gestionar los terminales de la red urbana, soyabía e interplanetaria, en diez demarcaciones a la redonda. Era un artefacto de un poder explosivo mayúsculo y había sido colocado en el generador de impulsos principal. La deflagración se oyó en diez esferas a la redonda.

Sonaron otros estallidos, más o menos fuertes, dependiendo de la lejanía del oyente. La mayor parte afectaban a centros de

comunicación, así que los habitantes de Uanás comprobaron, atónitos, que sus terminales informáticas de pronto dejaban de funcionar. Empezaba a hacerse difícil comunicarse entre esferas mediante los grandes canales y comenzaron a usarse los emisores y receptores particulares, mucho menos poderosos.

A medida que seguían estallando más centros de comunicación de alto alcance, la ciudad iba quedándose sorda y muda. Las demarcaciones más afectadas albergaban esferas de importancia estratégica: hangares, cuarteles, arsenales y centros de mando. El Palacio del Poder también resultó afectado por el sabotaje de las comunicaciones. En aquel uanomara fatídico todas las miradas se volvían hacia el lugar en el que se aglutinaba el poder de los gobernantes absolutos de la ciudad. Sin embargo, los dirigentes iban a tener serios problemas para dirigir y coordinar la crisis porque les resultaría cada vez más difícil comunicarse con sus tropas y con sus superiores de Torab.

Las demarcaciones menos afectadas por los cortes en el sistema de comunicaciones eran las que menor importancia estratégica y táctica revestían, allá donde no había casi enclaves militares y la mayor parte de sus habitantes pertenecían a las castas de obreras o esclavos. Ellos sí podían acceder a la red planetaria. Las noticias que recibieron, transmitidas por los medios oficiales del Enjambre, les sumieron en el estupor y después en el espanto. Los informes que podían recibir eran contradictorios y confusos, pero casi todos desembocaban en la misma conclusión:

Había aparecido una flota gigantesca en las cercanías del planeta.

Sin duda había llegado a velocidades hiperlumínicas y por tanto no pudo ser detectada hasta que fue demasiado tarde. Era una armada de guerra de cientos de miles de naves de gran tamaño: aniquiladores y destructores y sus correspondientes dotaciones de cruceros y cazas. Los soyabios contaban con su propia flota, la joya de la armada Dur, que

siempre consideraron capaz de defender el planeta madre de cualquier ataque. Pero este ejército invasor la superaba. Seis norseles atrás, los enemigos habían atacado por sorpresa Marno, Erebán y Caremún. Desde entonces el Imperio y el Dur habían permanecido igualados en cuanto al tamaño de sus flotas. Sin embargo, aquel uanomara la flota defensiva soyabia se veía enfrentada de golpe con un ejército de tamaño impresionante. No sabían que en realidad el Imperio había descuidado todos los planetas en los que aún peleaba contra el Dur y empleado el ochenta por ciento de sus fuerzas en aquella invasión relámpago sobre el mundo capital del Enjambre. Los uracsanos deberían llamar a todas sus restantes fuerzas, aún repartidas por los puntos calientes del Sistema. Tardarían en coordinarse de manera efectiva y los imperiales no iban a perder esa ventaja.

Los invasores ya tenían el plan trazado. Lanzaron sus aniquiladores en primer lugar contra los cerca de tres mil puertos espaciales en la periferia del planeta. La flota defensiva

reaccionó con rapidez y la batalla fuera de Soyabi comenzó sin más dilaciones.

En el interior, la situación también iba tomando tintes ominosos para las autoridades de la Ortodoxia. En todas las principales ciudades de cada continente sucedían estragos en masa, como ocurría en la propia Uanás. Las comunicaciones desaparecían y las naves permanecían inmóviles en sus hangares, víctimas del sabotaje. Algunas incluso estallaron entre llamaradas, provocando explosiones en cadena al ser alcanzados los tanques de combustible de los aparatos de guerra más cercanos. Mientras en el espacio se desencadenaba la batalla entre las grandes naves, los centros de poder de la superficie soyabia se precipitaban en un caos producido por la furia mal dirigida y el pánico. Los aperturistas se habían infiltrado en todos los niveles decisorios de la sociedad uracsana. Aquellos aperturistas que ocupaban cargos de importancia transmitían a sus subordinados órdenes contradictorias, destinadas a impedir la labor eficaz de los ejércitos del Dur. También

había conspiradores dentro de las redes de información, heridas de gravedad al ser destruida la maquinaria física que les daba vida. Estos infiltrados mandaban mensajes alarmantes por todo Soyabi, aumentando de manera prodigiosa el tamaño de la flota imperial que atacaba el planeta. Afirmaban que el Mando Supremo de cada gran urbe e incluso de Torab estaban cayendo ante la arrolladora invasión, rindiéndose en masa. Estas mentiras estaban destinadas a aumentar todavía más el estupor y acabar con la capacidad de reacción de la Ortodoxia. El cruce de mensajes contradictorios resultaba tan espantoso que ya ningún uracsano sabía qué creer.

A pesar de los sabotajes, la maquinaria bélica dur respondió con celeridad. Se establecían las bases de una primera defensa en cada metrópoli, aunque lastrada por la mengua de las comunicaciones. Pero aún así, enérgica y feroz.

En el espacio, llegaban refuerzos uracsanos desde todas los lugares del Sistema

para socorrer al planeta madre. La lucha en el vacío cobró tintes fabulosos. La Ortodoxia entendía que no se trataba de una escaramuza o una intentona. El Imperio iba a jugárselo todo en esta batalla gigantesca, aún mayor que los combates legendarios de Marno, Éreban y Caremún. En esta jornada se libraría quizás el combate más importante en toda la larga historia de enfrentamientos entre el Imperio y el Dur.

A pesar de la furia con la que el Enjambre contestó al ataque, la iniciativa seguía en manos de los invasores. Su llegada por sorpresa había arrollado la flota defensiva uracsana. De los tres mil puertos —pequeños mundos artificiales, puntos oscuros de metal en torno al gigante rojizo y verdoso—, casi un tercio habían quedado inutilizados gracias a la concentración de naves atacantes en sus cercanías. El resto pasaban por serios apuros. El cinturón defensivo de aniquiladores dures y sus dotaciones de suacriles y sargores fue rebasado en los lugares de mayor debilidad por las primeras embestidas del ejército invasor.

A través de aquellos miles de huecos, y escoltados por destructores y sus nubes de cazas y cruceros, llegaban al planeta los primeros transportes de tropas de infantería planetaria. Cada uno albergaba a cientos de soldados que vestían la armadura pesada. En las tripas de los monstruos metálicos aguardaban cuadros y más cuadros de infantes. Preparaban sus armas, recibían las últimas órdenes y escuchaban los discursos de los sacerdotes guerreros del Culto Imperial. Al ritmo de los ladridos de sargentos y oficiales, las tropas de asalto dauares y las legiones extranjeras aliadas al Imperio iban entrando en los flotadores blindados. Volarían hasta las esferas de cada ciudad soyabia, para derramar sobre ellas su carga de músculos, huesos, sudor, agresividad y acero.

Los aperturistas habían causado graves daños con sus atentados y sabotajes, pero aún quedaban muchas flotas de suacriles y sargores que volaron hacia las alturas, dispuestas a recibir a mordiscos de láser a estos visitantes inesperados. Las pequeñas naves que escoltaban

los transportes de infantería planetaria, a su vez, se adelantaron para hacerles frente. Ambas vanguardias se encontraron y combatieron entre las nubes. Desde la superficie soyabia podía verse en el cielo un cúmulo de incontables estallidos brillantes y líneas de humo difuso.

Uanás, como gran urbe soyabia que era, no resultó ajena a estos acontecimientos. Desde las propias esferas los uracsanos contemplaban los combates aéreos y la nube densa y horripilante que anunciaba la llegada de la infantería planetaria imperial.

El caos era indescriptible. Decenas de miles de obreras y esclavos intentaban huir de una ciudad que parecía condenada. Los milicianos del orden recibieron el mandato de matar a todo el que intentara escapar. Sus lanzas derribaron cientos de flotadores, provocando una escalofriante cantidad de muertos y heridos. Aquello calmó los ánimos de los más temerosos y no les quedó otro remedio que continuar en el interior de sus esferas, rezando y suplicando a Asias. Además, salir de los edificios empezaba a

tornarse inseguro por otros motivos, ya que las batallas de las alturas provocaban un chorreo de naves envueltas en llamas y metralla incandescente que caía girando y zumbando. Los despojos de las luchas aéreas a veces pasaban entre las esferas, pero en la mayoría de los casos se estrellaban contra una fachada curva, empotrándose en ella o bien reventándola y atravesando sus muros como si fueran láminas endebles. Al desastre de las bombas de la madrugada se sumaba esta lluvia letal. No obstante, el tamaño de las esferas y el blindaje casi inexpugnable de sus motores de gravedad impedía que los edificios se precipitaran hacia el fondo del planeta. Las escuadrillas de sargores metálicos que todavía no habían sufrido el sabotaje subían sin pausa hacia las alturas, en busca del enemigo que se acercaba de manera lenta pero segura.

Los otros sargores, los de carne y hueso, también se preparaban en sus cuarteles para recibir a la infantería planetaria imperial. Los ejércitos de jinetes se desplazaban hacia los

puntos estratégicos de la ciudad. Nubes de jinetes que vestían la armadura plateada pasaban veloces entre las esferas, salpicadas aquí y allá por el goteo de naves destruidas. El zumbido furioso de las alas transparentes ascendió hasta hacerle sombra al tronar de los bombardeos.

También volaban los suacriles, criaturas más grandes que los sargores, así como vehículos flotadores de tamaño medio y superior, cargados con escuadrones de la infantería planetaria uracsana.

En la madrugada, cuando estallaron las primeras bombas, la mayor parte de los jinetes aún estaban durmiendo. De inmediato fueron movilizados, reaccionando en un tiempo asombroso. Las comunicaciones eran defectuosas y por todas partes llegaban órdenes contradictorias y mensajes desmoralizantes. Ante todo este caos, los jinetes tomaron su propia iniciativa y optaron por marchar hacia el Palacio del Poder y el Primer Templo de la ciudad.

El Palacio del Poder era el centro de mando supremo uanasano. Desde allí la Ortodoxia estaba dirigiendo la crisis lo mejor que podía. En el Palacio vivía el urdán, Padre responsable del gobierno de la ciudad, que además constituía la cabeza de enlace con las altas jerarquías planetarias, sitas en Torab. Junto al urdán se encontraba su pequeña tropa de asesores y consejeros y una guardia de élite encargada de defenderle. Si el urdán caía la ciudad quedaría decapitada, carente de cerebro. Los invasores podían intentar hacerle prisionero o suprimirle. Pero antes tendrían que rendir el Palacio.

El otro gran centro de poder era el Primer Templo, residencia de la jira, la sacerdotisa suprema de la ciudad. Aunque de menor importancia política que el urdán, la invasión del Primer Templo y la muerte o captura de la jira constituirían un serio golpe para la moral religiosa de los defensores. El segundo grueso de los batallones de jinetes volaba hacia allí.

Galbrod era uno más entre esos incontables jinetes. Su destino era el Palacio del Poder, donde sabía que iba a producirse el combate decisivo.

Cuando comenzó el sabotaje estaba ya preparado. No había dormido en su cubículo hogar, sino que pasó la noche junto a los mil guerreros aperturistas que formaban su propio batallón. Ahora los lideraba en el vuelo hacia el Palacio. Vestían por el momento la armadura plateada de la Ortodoxia, así que no se diferenciaban en nada del resto de contingentes voladores. Sabía que también Góbro, Añase, Sorbele y Onmas, sus compañeros oficiales en la clandestinidad, llevaban a sus propios jinetes al Palacio. Cada uno tenía encomendada una misión diferente.

Al cabo de no mucho vio, a través de las nubes de jinetes que volaban agrupados en forma de cubo, el Palacio del Poder.

Era una esfera gigantesca, una de las más grandes. Le pareció un pequeño planeta, rodeado de otros edificios defensivos, sus